

FRANCISCO LAGUNA

Ejército y sociedad

A fin de enmarcar con cierto rigor el tema, conviene formular algunas precisiones. La primera se refiere al alcance del término ejército, que si bien en sentido estricto habría que adjetivar para diferenciar cuando se trata del Ejército de Tierra o del Aire, la realidad es que se emplea de forma genérica para referirse a la totalidad de las fuerzas armadas. Al ser entre los tres ejércitos mas los puntos comunes que las diferencias, simplifica notablemente la exposición emplear este término, tal como lo hacen muchos trabajos referidos a este tema.

La segunda se refiere al equívoco de considerar a los ejércitos como algo diferenciado de la sociedad. Es mas exacto hablar de fuerzas armadas y resto de la sociedad, puesto que éstas son una parte del conjunto y si en muchas ocasiones no se tiene en cuenta este criterio es porque se parte de la idea errónea de que existe un antagonismo de origen.

La tercera se refiere al fenómeno de la guerra. Las fuerzas armadas se crean en razón a la guerra y se las dota de medios y de hombres para que estén en condiciones de alcanzar la victoria, aunque paradójicamente, su mayor triunfo lo logran cuando consiguen evitar la confrontación.

Es conveniente diferenciar lo que es lucha o violencia, de lo que constituye en sentido estricto una guerra. Aunque existan muchas características comunes, ésta última solo se produce cuando se enfrentan dos Estados, o lo que es lo mismo, los ejércitos organizados. Esta definición es precisamente una de las razones por las que resulta complejo tratar del papel de los ejércitos en temas como el terrorismo internacional o la lucha contra el narcotráfico. Las naciones tienen distintos instrumentos para su defensa y cada uno tiene sus campos propios, aunque no haya que excluir que existan áreas comunes y en ocasiones se produzcan interferencias.

Razón de ser de los ejércitos

Los ejércitos tienen su razón de ser en la defensa de la comunidad nacional a la que pertenecen. Existen para defender a una sociedad, a un pueblo, nunca para defenderse a sí mismos. Su razón de ser se sitúa en la defensa de la comunidad que los organiza y sostiene. La historia proporciona ejemplos de todo tipo en cuanto a la organización política de los pueblos y nivel de democracia, y en consecuen-

Francisco Laguna es General de Infantería DEM y asesor del Ministerio de Defensa. Este ensayo fue resumido en el seminario del Instituto Fe y Secularidad, pero el ponente no pudo asistir

Con los Estados modernos aparecen los ejércitos permanentes y con ello se da un paso más hacia la separación entre el mundo civil y el militar.

cia no se puede negar que los ejércitos aparecen en múltiples ocasiones como instrumentos de los intereses de un personaje concreto, de una clase social o de un grupo determinado, pero estos hechos no invalidan la afirmación anterior, que no se refiere a la ética de los objetivos sino a las razones que provocan la intervención.

El combatiente individual puede luchar en ocasiones para salvar su propia vida, pero el conjunto de las fuerzas armadas actúa para proporcionar seguridad al conjunto de unidades y, en último término, a la nación. Solo el guerrero solitario de ciertas épocas puede considerarse como fuera de este esquema. El mismo caballero medieval, cuya imagen es más poética y patética a la vez, Don Quijote, siempre se bate para defender a una dama, a un ideal o luchar contra una injusticia.

Por esto el concepto de defensa no violenta no puede tener cabida en el marco de los ejércitos aunque sí lo pueda considerar determinada política de seguridad. No se trata de que promuevan el culto a la violencia, sino que su razón de ser es la defensa de otros conciudadanos que quieren ser defendidos, lo que significa que constituiría una verdadera traición abandonarlos a su suerte.

Evolución histórica

Retomando el tema inicial es preciso reconocer que aún tratándose de estamentos íntimamente relacionados, han sido muchas y constantes las tensiones entre el mundo civil y el militar. Puede ayudar a comprender la problemática actual el trazar un rápido bosquejo de cómo se ha desarrollado esta evolución.

En los tiempos primitivos no existían ejércitos organizados y combatían los mismos hombres que cazaban o trabajaban la tierra. La identificación entre pueblo y fuerzas armadas (si se les puede dar ese nombre) era total. Pero poco a poco se fue tecnificando la lucha, bien porque se empleaban armas que no todos conocían o eran capaces de manejar, bien porque iban progresando las técnicas de combate. Esto fue dando lugar a que surgieran los guerreros como clase aparte.

Pero sería inexacto presentar la aparición de los soldados profesionales motivada sólo por las armas. En la Edad Antigua y en la Media se desarrolló una mística en su entorno que dio lugar a un concepto idealizado del combatiente. Sin embargo, ya en esas épocas se había producido la primera gran fisura entre los dos sectores de la sociedad, puesto que el pueblo era quien más sufría las consecuencias de las guerras. Unas veces por los saqueos y las destrucciones del enemigo y otras por los impuestos o por las levadas forzosas, se veía a los ejércitos como un elemento agresivo y opresor.

Con los Estados modernos aparecen los ejércitos permanentes y con ello se da un paso más hacia la separación entre el mundo civil y el militar, ya que surge el oficio de soldado, que aunque atrajo a muchos jóvenes con afán de aventura, no se puede negar que supuso para los pueblos una pesada carga. Estos no siempre comprendían la razón de las campañas que promovían los señores feudales o los reyes y sólo sufrían sus consecuencias.

En los siglos XIX y XX nacen los ejércitos de masas y con ellos el servicio militar universal y obligatorio. Esto supuso en algunos momentos una mayor unión

entre pueblo y ejército, pero a la larga se ha transformado en uno de los elementos más conflictivos. Las grandes guerras de este siglo significaron también un salto cualitativo en lo que se refiere no sólo a los medios y a la extensión del conflicto, sino sobre todo en la destrucción que sufrieron las ciudades y en especial la aparición de la bomba atómica, que ha planteado problemas de rechazo que van mucho más allá de las reacciones de tiempos antiguos.

Es indudable que a lo largo de estos 10.000 años que aproximadamente tienen de historia los ejércitos, han surgido muchas voces contra la violencia y contra los conflictos bélicos. En especial las religiones monoteístas han predicado la paz y la concordia entre los hombres y el cristianismo ha sido una de las que con mayor intensidad lo ha hecho. Pero no por ello han terminado las guerras y sus esfuerzos han chocado, no con los ejércitos propiamente dichos, sino con la realidad del enfrentamiento de los pueblos, que no han encontrado todavía unos sistemas eficaces para solucionar sus controversias por medios pacíficos.

Parámetros de la relación ejército/sociedad

Para poder analizar con cierto rigor en qué momento se encuentran en este último tercio del siglo XX las relaciones entre el ejército y la sociedad, lo adecuado es establecer unos parámetros sobre los que situar los problemas, que además pueden servir para intentar algún ejercicio de comparación con la situación de otros tiempos. Estos parámetros que se pretenden plantear con la mayor objetividad posible o, lo que es lo mismo, tratando de describirlos sin juzgarlos, son los siguientes:

1.- La disyuntiva guerra/paz

Todos los pueblos han buscado la paz, pero la guerra es un fenómeno que acompaña al hombre desde los tiempos primitivos. Aunque se puedan señalar algunas excepciones, la realidad es que las naciones arrastran este dilema desde su origen.

Así mismo los ejércitos están, como ya se ha dicho, para hacer la guerra. Aunque su verdadera finalidad sea la defensa de la comunidad, ésta la logran por su capacidad de combatir. Hay en esto una aparente contradicción que ha llevado a algunos a afirmar que la forma mejor de evitar las guerras es suprimir los ejércitos, en base a que éstos son los que la ejecutan. Esta postura extrema que plantea sin duda una tensión entre los dos sectores de la sociedad no es mayoritaria puesto que, de otro modo, en los modernos Estados democráticos no se mantendrían los ejércitos que, en definitiva, son aprobados, mantenidos y dirigidos por los parlamentos, que a su vez están elegidos por los ciudadanos.

Pero la guerra, aunque se inicie por motivos supuestamente necesarios, es uno de los "cuatro caballos del Apocalipsis" y deja una secuela de muerte y destrucción. Los objetivos son siempre civiles porque, en definitiva, el choque entre ejércitos es sólo un paso previo para dominar al Estado contrario o defenderse de esa dominación. Otra cosa es que los distintos convenios sobre derechos de la guerra traten de reducir las consecuencias de la violencia sobre las personas inde-

fensas, y en este sentido hay que reconocer que se ha avanzado notablemente en los últimos siglos, a pesar de las repetidas violaciones de estos derechos.

Propiciar la seguridad de los bienes, las propiedades, la cultura y, en definitiva, la propia vida, es la razón por la que los pueblos organizan fuerzas armadas. Cuando se olvida esta razón de fondo las consecuencias suelen ser muy graves porque se puede afirmar que en el campo de las relaciones entre los pueblos la debilidad y la indefensión suscitan una especie de atracción que llega a provocar la agresión. A lo largo de la historia son muchos los ejemplos de este fenómeno y los más recientes de la II Guerra Mundial o el inicio de las guerras entre árabes e israelíes en 1948, son particularmente ilustrativos.

Esta defensa no puede improvisarse y los ejércitos modernos son permanentes por exigencia de los medios técnicos de que disponen. Esto lleva a la necesidad de prepararse para la posibilidad de la guerra, lo que incluye el adiestramiento a los futuros combatientes. En definitiva, hay que enseñar a combatir, y aquí se encuentra otro de los puntos de tensión con la sociedad porque luchar implica emplear la violencia. Hasta qué punto esta necesidad de los pueblos se traduce inevitablemente en la "espiral de la violencia" que denunciaba el cardenal Elder Camara o es posible un ejercicio controlado y justo de ella, es sin duda uno de los retos más importantes de todo hombre de paz, incluyendo al militar, en el mundo de hoy.

En resumen, sobre el parámetro de la disyuntiva entre guerra y paz se sitúan varios de los puntos de tensión entre ejércitos y sociedad. Las naciones necesitan defenderse y para ello organizan y mantienen fuerzas armadas, pero éstas a su vez son vistas como amenazas por la otra nación que en ocasiones puede trasladar este temor a su propio ejército. Por otro lado, la guerra es un fenómeno social cuya desaparición no se vislumbra en el horizonte inmediato y resulta hoy particularmente temible por los desastres que acarrea, en especial a la población civil más indefensa. Y, por fin, la instrucción militar, aunque realce la idea de la defensa, enseña cómo luchar y, en cierta forma, estimula y desarrolla los resortes violentos del hombre para que en el momento que fuera necesario, pueda vencer al contrario.

2.- El vértigo de los gastos de defensa

Los gastos de defensa han supuesto desde siempre una de las cargas más pesadas para los pueblos. Como ya se ha indicado, la llamada carrera de armamentos durante la Guerra Fría fue uno de los elementos más preocupantes en el ámbito internacional, como freno para la recuperación económica y el desarrollo. La misma ONU tiene un departamento dedicado al problema del desarme y desarrollo. A pesar de su indudable importancia, la amplitud y complejidad de este tema no permiten aquí un análisis más detallado y, por otro lado, para el estudio de las tensiones entre sociedad y ejército, basta con señalar su incidencia y la forma en que influye sobre estas relaciones.

En momentos de crisis económica se agudiza el problema de los gastos militares. ¿Para qué sirven? ¿Cuánto se debe gastar? Estas son las dos preguntas claves de difícil respuesta en términos aritméticos, porque la seguridad de una nación no es cuantificable en cifras y sólo en caso de un desastre bélico cabe lamentar no haber estado preparados. En este sentido hay que entender la ten-

dencia del militar profesional a desear disponer de los mejores y más modernos medios de combate y, en consecuencia, sus constantes peticiones de un incremento de los presupuestos de defensa.

Todas las naciones tienen fuerzas armadas y en la medida que España se integra en organismos internacionales, ha de acompañar sus gastos de defensa a los de los restantes países. La actitud de quienes proponen que sean otros los que nos aporten el margen de seguridad necesario, olvidan que la historia demuestra que cuantos pueblos eligieron esta opción terminaron desapareciendo.

La industria nacional de defensa nace por la necesidad de no depender de otros países en este sector estratégico, puesto que de algún modo esto supone tener que subordinar las decisiones de política exterior. La autonomía total sólo les es posible a las grandes potencias, por lo que para el resto es inevitable cierto grado de dependencia. Por este motivo todas las naciones con cierto desarrollo industrial tienden a tener cubiertas unas cotas mínimas.

En esta capacidad industrial se sitúa la mayor diferencia entre los países desarrollados y los que se encuentran en vías de desarrollo, ya que para los segundos tener que adquirir todo el material les condena en muchas ocasiones a hipotecar sus desarrollo económico. Es forzoso reconocer que el complejo industrial moderno se rige por leyes semejantes a las del resto del comercio internacional y tienden a la expansión, con lo que se llega, si no hay el debido control, a propiciar el comercio de armas más allá de lo necesario, provocando el consiguiente desequilibrio económico.

No se puede negar que a lo largo de la historia las guerras y las necesidades de la defensa han sido elementos estimuladores de avances y progresos científicos y técnicos. Muchos avances en la metalurgia, la aviación, la medicina, etc. han nacido en situaciones de conflicto, por no hablar de aplicaciones en la organización de las tareas y en la misma selección de personal. Valorar en su justo término estos progresos y situarlos en su lugar en el desarrollo actual de la sociedad industrial es imprescindible para comprender la complejidad de las relaciones entre sociedad y fuerzas armadas en el marco de la economía.

Un ejemplo claro lo constituyen las dificultades que existen para entender el elevado costo que tiene el proceso de desarme y la problemática del beneficio de lo que llaman los "dividendos de la paz". En la actualidad este proceso está sometido a muchas presiones que no provienen sólo de los intereses económicos situados tras la industria del armamento, sino también del desconocimiento de la sociedad en general de los condicionamientos que tiene y de quienes consideran que si hay desarme es un contrasentido incrementar los presupuestos.

En la medida que falte una cultura de defensa en el parámetro de los gastos militares se encuentra uno de los conflictos más importantes en orden a la integración o rechazo entre los dos sectores de la sociedad.

3.- La contribución personal a la defensa

En último término la defensa la llevan a cabo los hombres. Los medios técnicos son sin duda importantes, pero frente al ejemplo de lo sucedido en la guerra del Golfo o en la de las Malvinas, donde la alta tecnología fue decisiva, hay que recor-

*Todas las
naciones
tienen fuerzas
armadas y en
la medida que
España se
integra en
organismos
internaciona-
les, ha de
acompañar
sus gastos de
defensa a los
de los
restantes
países.*

La prestación del servicio militar constituye el eslabón más importante entre sociedad y ejército. Sea cual sea la fórmula que las leyes determinen, a través de su paso por el servicio en filas se afirma la conexión entre ambos.

dar Vietnam, Afganistán, Chechenia, Ruanda y los múltiples conflictos en los que todo el peso de la lucha la llevan los simples combatientes.

A lo largo de la historia han sido varias las fórmulas para dotar de personal a los ejércitos. Desde la República de Roma cuya fuerza residía en que era un prestigio ser soldado, a los ejércitos mercenarios de la Edad Media y el servicio militar universal que se inicia con la Revolución francesa, al actual modelo anglosajón de tropa profesional o el de milicias de Suiza han sido muchas las modalidades que según las características del país y de sus problemas de seguridad han resultado eficaces o han terminado en un desastre.

La prestación del servicio militar constituye el eslabón más importante entre sociedad y ejército. Sea cual sea la fórmula que las leyes determinen, a través de su paso por el servicio en filas se afirma la conexión entre ambos y, tal como recogen las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, representa la aportación esencial de los ciudadanos a la defensa de la patria.

Esta valoración no evita que sea a la vez uno de los puntos de mayor conflicto. Viene de antiguo el rechazo de las poblaciones, principalmente campesinas, a nutrir de combatientes a los ejércitos de nobles y reyes. Más adelante, con los ejércitos napoleónicos de masas, se plantea el servicio militar universal y obligatorio como una necesidad, pero también como una conquista de la democracia. Pero pronto surgen las excepciones, normalmente ligadas a la clase social o a la redención por dinero, que desde el primer momento falsean su sentido original.

Por encima de todos estos problemas, sin duda reales y que hoy se encuentran en plena efervescencia social y política, conviene recordar dos datos importantes. En primer lugar, que estas discusiones son especialmente agudas en naciones que no tienen sensación de amenaza, porque en aquellas que luchan por su supervivencia (guerras de liberación, etc.) no se plantea siquiera la duda de que deben luchar todos los que están en condiciones de hacerlo. Cuando se cita el caso de Ghandi se olvida que aquella lucha pacífica fue eficaz en India, país inmenso de 400 millones de habitantes donde había unos pocos de miles de ingleses, pero que no tendría sentido en el Sáhara, Palestina, Bosnia o Chiapas.

En segundo lugar, el servicio militar ha colaborado a que la sociedad y en especial los jóvenes cobren conciencia de que pertenecen a una nación y que tienen la obligación de defenderla en caso necesario. Esto por sí mismo plantea la grave cuestión del significado de la solidaridad o, si se quiere, del problema de la responsabilidad personal hacia la comunidad en la que uno vive. En la medida que evoluciona la sociedad y mejoran los medios de educación, este espíritu puede y debe recibirse también en otras instituciones, pero sigue siendo un valor importante que debe asegurarse y las fuerzas armadas un instrumento idóneo para fomentarlo.

También hay que contabilizar que en ocasiones los Estados programan que a través del servicio militar muchos jóvenes reciban enseñanza básica, formación social y profesional, sanitaria, etc. En este sentido es conveniente tener una visión global del problema, no limitándolo a lo que sucede en los países más desarrollados donde se tienen otros medios al alcance.

Frente a esos hechos hay que contabilizar el incremento del rechazo al servicio militar obligatorio por el coste que supone a los jóvenes que tienen que pres-

tarlo, el notable aumento de los movimientos de objeción de conciencia, el desarrollo de las ideologías que rechazan toda violencia y las teorías en defensa de la total profesionalización de los ejércitos. Aunque en ocasiones aparecen entremezcladas, se trata de cuestiones diferentes que no conviene confundir. A la decisión de que son más convenientes los ejércitos profesionales se puede llegar por la vía de considerar que es necesario un nivel de dedicación y de competencia en el empleo de los medios que sólo se puede alcanzar con profesionales; el tema de la objeción nace de un planteamiento personal de optar por el rechazo a toda violencia, mientras que la oposición a la prestación del servicio militar tanto por el coste como por los restantes factores negativos de la realidad actual, se soluciona con las debidas disposiciones de mejora de las condiciones que afectan a la tropa.

Precisamente por estas diferencias, se introduce un elemento de confusión con las propuestas de determinadas organizaciones que plantean como solución al problema de los objetores el paso hacia un ejército profesional olvidando el resto de los problemas. Mucho más coherente parece la postura de quienes propugnan la insumisión no como algo estrictamente personal sino como camino hacia la desaparición de los ejércitos. Otra cosa es que este planteamiento se base en una utopía enormemente peligrosa para la propia nación en el estado actual de las relaciones internacionales.

En todo caso, resulta evidente que sobre el parámetro de la contribución personal a la defensa se sitúa el problema del servicio militar, la objeción de conciencia con la posición extrema de la insumisión y las posibilidades del modelo de ejército profesional. Estos puntos, con todas las connotaciones que sin duda tienen, son elementos claves para valorar el grado de integración o rechazo entre ejército y sociedad.

4.- El fantasma del militarismo

Desde la aparición de los primeros ejércitos organizados late la inquietud de cómo defenderse de los posibles excesos de los militares. ¿Cómo se puede controlar al que tiene la fuerza en sus manos? se preguntaban entonces y se siguen hoy preguntando las naciones. El ejemplo de lo sucedido en países del Tercer Mundo y hasta en naciones desarrolladas de Europa no deja lugar a dudas de que es un riesgo que ha estado presente a lo largo de la historia.

Pero conviene tener ideas claras y situarlo en sus verdaderos límites. Antimilitarismo es el rechazo a la intervención de los ejércitos en los asuntos públicos, fuera de sus funciones constitucionales. La situación actual no es la misma que la de hace siglos, cuando eran constantes los golpes militares para cambiar a un monarca o variar un régimen político, y no todos los países tienen hoy el riesgo del militarismo, aunque se hayan dado intentos de intervenciones esporádicas. Como demuestran pensadores como Fukuyama o Huntington, existe una relación directa entre el nivel de desarrollo democrático y los riesgos de intervencionismo militar.

En los últimos años han surgido también voces alertando sobre el peligro de la militarización de la sociedad confundiendo en muchos casos lo que puede haber de cierto en algunos países con el problema que se plantea en torno al tema de los intereses nacionales y, en especial, al de los valores de la sociedad. Profundi-

zar en ellos rebasa este trabajo, por lo que aquí sólo se apunta en relación al tema de la integración entre ambos sectores de la sociedad.

Los ejércitos son instituciones de tendencia tradicional. Su misión es la defensa y, en consecuencia, tienden a la estabilidad y al orden. Además, su sentido de la disciplina les lleva a subordinarse al poder constituido y todo ello se traduce en una tendencia a mantener la escala de valores que han recibido de los que les precedieron. Dentro de la sociedad cada sector tiene una misión y no conviene que los ejércitos se adjudiquen la de ser motores de los cambios, como tampoco han de ser frenos, porque en uno y otro caso se salen de su misión específica.

Pero la guerra no se puede hacer sin luchar por unos ideales. Cuando Ortega y Gasset señalaba que los ejércitos eran un buen termómetro para medir la vitalidad de una nación, no se refería a lo material sino precisamente a los valores que estaban dispuestos a defender. Puesto que las fuerzas armadas no combaten para defenderse a sí mismas, como ya se ha dicho, tienden naturalmente a identificar sus propios esquemas con los ideales nacionales. Su enemigo es el enemigo de todo el pueblo y la razón de su lucha es la libertad y la cultura de la patria.

En la medida que este planteamiento se formule con la debida prudencia no hay nada que objetar, pero sucede que en la actualidad ni todos los sectores de la sociedad tienen los mismos valores, ni a veces éstos están suficientemente recogidos en un texto legal que pueda servir de referencia común, o existen discrepancias sobre su interpretación. Es aquí donde surge, o puede surgir, el peligro de los llamados intentos de militarización de la sociedad.

Tema diferente es el del control político de las fuerzas armadas. Hoy día no cabe duda que depende de que esté debidamente regulado en la Constitución y que el poder político ejerza con la necesaria autoridad su función. No se debe olvidar que durante siglos han estado unidas la aristocracia militar con la social, no tanto como resultado del intervencionismo de los ejércitos cuanto porque los altos mandos militares eran elegidos por los reyes entre personas de su entorno.

De esta manera se fue trabando una relación que procede más del sistema de nombramiento de las jefaturas de los ejércitos y la división de la sociedad en clases, que de la actividad política del militar como tal. A esta situación hay que añadir la tendencia del militar profesional a extrapolar sus esquemas de valores. Resulta natural que el hombre tienda a considerar que lo bueno para él debe serlo también para los demás, pero esta tendencia puede llevar a excesos que explican parte de los celos hacia el estamento militar.

5.- Los obstáculos a la convivencia

Aunque de menor importancia que los temas anteriores, conviene al menos citar una serie de pequeños problemas que afectan a la relación entre los dos sectores de la sociedad y que se esgrimen en ocasiones como responsabilidades de unos o de otros.

Las peculiaridades de la vida militar, tanto en campaña como en paz, obligan en todos los países a unas formas de vida que difieren en parte del resto de la sociedad. La necesaria movilidad en cuanto a los destinos lleva a la necesidad de disponer de viviendas, y los cambios hacen difícil tener relaciones de amistad con

otros grupos sociales, que suelen ser mucho más estables. La situación de las bases militares alejadas de los centros urbanos son una exigencia de la misma sociedad que luego llega a lamentar que los militares tengan poco contacto con el resto. En todo caso no deja de ser curiosa la diferente opinión que existe respecto a estas relaciones en los pueblos y ciudades pequeñas en las que desde tiempo atrás existen instalaciones militares con la de las grandes ciudades, en especial si se trata de despliegues nuevos de fuerzas.

La criticada endogamia tiene su origen en estas condiciones de vida. Las guarniciones militares en lugares alejados, la vida en las bases, la celebración de actos y celebraciones propias de los ejércitos y el natural peso que tienen las costumbres y pautas de conducta derivadas de todo lo anterior son las razones de fondo que están en esta endogamia. Sin entrar en un análisis crítico del tema, conviene recordar que por diversas razones se produce también algo similar en otros ambientes profesionales como el mundo del arte, los médicos o los diplomáticos.

El aislamiento de los militares se explica a veces por el hecho de que exista un fuero militar. Si bien los privilegios de otro tipo corresponden a épocas pasadas, es cierto que hoy subsiste, en todos los países desarrollados, un código y unos tribunales propios de las fuerzas armadas. Pero la razón no está en un intento de distanciamiento, sino en la problemática concreta que se plantea a los ejércitos en campaña, en los destacamentos, maniobras, etc. En definitiva, en las diversas ocasiones en las que no es fácil poder aplicar las normas de la jurisdicción ordinaria. Sin embargo, es evidente que la existencia de una jurisdicción distinta provoca recelos y que en otras épocas fue motivo de manipulaciones políticas.

Estos temas no tienen por qué ser muros, pero plantean dificultades en las relaciones. Por esa razón han de tomarse como base para analizar el grado de tensión existente en una etapa concreta. En la medida en que lleven a una separación sólo formal indican que la integración es positiva, aunque sea necesario superar algunas cuestiones puntuales. Si por el contrario el rechazo es de fondo, han de estudiarse los problemas y modificar los planteamientos para evitar el riesgo que supone para el desarrollo de un pueblo el carecer de defensa o el verse coaccionado por sus propias estructuras de seguridad.

Reflexiones finales

El final de la Guerra Fría ha supuesto un cambio sustancial en el equilibrio de fuerzas, pero no han desaparecido las amenazas, las guerras y la violencia. Dejando para otros estudios el profundizar en lo que estos cambios pueden significar, aquí sólo interesa recoger el hecho de que el mundo se encuentra en un periodo de cambio, rápido y profundo, y apuntar algunos de los factores que previsiblemente influirán en las relaciones entre sociedad y fuerzas armadas.

a) El nuevo orden mundial.

A la realidad de la desaparición de uno de los bloques se unen los proyectos de las primeras potencias de estructurar un "nuevo orden mundial". La fórmula que se adopte ha de condicionar la estructura de los ejércitos y, en consecuencia, sus relaciones con la sociedad que los promueve, los emplea y los soporta.

*El
aislamiento
de los
militares se
explica a
veces por el
hecho de que
exista un
fuero militar.
Si bien los
privilegios de
otro tipo
corresponden
a épocas
pasadas, es
cierto que hoy
subsiste, en
todos los
países
desarrollados
, un código y
unos
tribunales
propios de las
fuerzas
armadas.*

Las tendencias actuales parecen apuntar hacia un mayor grado de profesionalización, pero pocas veces se señalan los riesgos que ello supone para la vinculación de estas fuerzas con la sociedad a la que sirven.

b) Las fuerzas armadas del futuro.

Las tendencias actuales parecen apuntar hacia un mayor grado de profesionalización, pero pocas veces se señalan los riesgos que ello supone para la vinculación de estas fuerzas con la sociedad a la que sirven. No está en absoluto demostrado que una tropa profesional facilite el aprecio social ya que en los países anglosajones en los que existe este modelo también se dan otras circunstancias sociales y de política exterior particulares.

c) Las guerras del futuro.

Aunque las opiniones de Huntington están siendo contestadas desde diversos medios, es evidente que las guerras futuras serán diferentes de las conocidas. En realidad estos cambios se han dado en todas las épocas y por este motivo han ido modificándose las estructuras de los ejércitos.

La desaparición del peligro de una confrontación nuclear parece apuntar hacia el incremento del empleo de medios de combate altamente sofisticados, del peligro de los agresivos químicos y biológicos, de la lucha guerrillera, del terrorismo, y de las coaliciones internacionales. A todo ello hay que unir que no se puede descartar el peligro nuclear por el simple motivo de que no es posible "desinventar" la energía nuclear.

d) Las intervenciones de los organismos internacionales en los procesos de paz.

En estos últimos años están dando sus frutos las conferencias de desarme y los acuerdos iniciados décadas atrás, que abren el camino a un periodo de mayor seguridad, al menos en lo que se refiere a una confrontación global entre las grandes potencias. Así mismo, el mayor peso internacional de la ONU es un hecho, aunque se puedan criticar los resultados. Por todo ello cabe pensar que en el futuro aumentarán su presencia las organizaciones internacionales como medio de mantener la paz.

Los problemas surgen al aplicar las medidas concretas de pacificación, que según se ha podido comprobar en Bosnia, Ruanda y Somalia, no pueden limitarse al papel de simples árbitros, sino que han de ser capaces de imponer el alto en las agresiones. Lo que se ha llamado derecho a las intervenciones humanitarias planteará en el futuro especiales problemas de relación entre las fuerzas armadas y la población, tanto con aquellas que las envían, como las que se encuentran en la zona en que desarrollan su misión humanitaria.

e) El proceso de desarme.

Aunque ya se ha hecho alguna referencia a la problemática que plantea, hay que pensar que en el futuro se incrementarán las dificultades para la transformación de las industrias bélicas, así como para hacer realidad los llamados réditos de la paz. Sólo a largo plazo parece que se podrán traducir en una mayor disponibilidad de medios para otras necesidades y para ello es necesario que el desarrollo sea armónico y se consiga un clima de paz duradero.

Estos puntos no agotan los retos que presenta el futuro. La evolución de la sociedad, los problemas ecológicos, los peligros de las desigualdades económicas

y de las emigraciones masivas, las nuevas "autopistas" de la información, la continuación de las investigaciones espaciales, la amenaza de las ideologías fundamentalistas, el incremento de una mayor sensibilidad hacia las cuestiones éticas y otra serie de cuestiones importantes que plantean las diferentes facetas de la vida incidirán sin duda en el tema capital de la paz.

Por ello no resulta sencillo contestar al interrogante de hacia dónde apunta el futuro. No conviene tampoco pretender abarcar el problema de la sociedad en su globalidad, puesto que éste no es el objetivo de estas reflexiones. Es necesario limitarse al tema de las relaciones entre ejército y resto de la sociedad y, sin caer en posturas catastrofistas ni tampoco en un utopismo miope, apuntar soluciones. Hay que confiar en que es posible superar las crisis, pero siempre que se pongan medios adecuados.

En el ámbito de los organismos nacionales e internacionales, las medidas a adoptar son muy variadas, pero en el marco de esta exposición la clave hay que situarla en la cultura de defensa.

Esta abarca no sólo facilitar a los ciudadanos la máxima información de cómo son y qué hacen sus fuerzas armadas, sino sobre todo qué función cumplen y cómo se las debe apoyar para que puedan llevarlo a cabo. Esta labor corresponde tanto a las instituciones civiles y militares, como a los ciudadanos.

Si bien a nivel de los órganos del Estado, de las comunidades autónomas y de los municipios es donde recae la mayor responsabilidad en las medidas a adoptar, es conveniente no olvidar que para cualquier proceso social el factor determinante radica en la actitud individual y colectiva de las personas. En este marco resultan fundamentales dos principios: el convencimiento de la necesidad de los ejércitos y la actitud de diálogo.

Es necesario aceptar el reto de que nos encontramos en un tiempo en el que es preciso demostrar que la nación necesita a sus ejércitos. Aunque al militar profesional, como a toda persona que se entrega a una tarea noble, le resulta difícil aceptar que sea necesario justificar nada ante los demás, hoy es necesario convencer con datos e ideas de la utilidad de las fuerzas armadas. Entre las instituciones que conforman y proporcionan estabilidad a un Estado, los ejércitos son sin duda una de las más controvertidas en estos últimos años. En esta actitud se mezclan las posturas egoístas de quien sólo piensa en su interés personal inmediato, con los ideales de paz y las ideas confusas sobre el papel de los ejércitos en el actual clima de violencia. Es preciso aceptar que existen posturas contrarias y que puede haber llegado el momento de plantear con claridad esta cuestión.

A la vez hay que desarrollar una actitud de diálogo. Esta es la forma más sencilla, y a la larga más eficaz, para fomentar la integración y salir al paso de las actitudes pesimistas. Este diálogo debe realizarse a todos los niveles, el de las instituciones y el personal. Lo importante es conseguir que se mantenga y desarrolle al máximo este clima, iniciado hace ya muchos años y que es necesario afianzar. Un diálogo no excluyente, puesto que el tema afecta a todos, y en el que no se planteen como elementos contrapuestos al ejército y la sociedad o, como sucede en ocasiones, a la institución militar y la paz.

Con todo hay que estar abierto a lo que presente el futuro. Las relaciones entre Estados están variando, el concepto de soberanía nacional también y se ha

pasado de la estrategia de la destrucción mutua asegurada a la de seguridad compartida. Todo esto unido a los profundos cambios de la sociedad, son razones más que suficientes como para no pretender formular previsiones a muy largo plazo y aceptar el consejo del poeta de que es necesario hacer camino al andar.